

INVITADOS A SEGUIRLE**FICHA: INVITADOS A SEGUIRLE****ANEXO II****DIARIO DE JUDIT**

Cafarnaúm, primer día de Av

No sé por dónde empezar. Me siento a punto de estallar de felicidad, y, al mismo tiempo, tan frágil y tan estremecida que voy de las lágrimas a la risa sin ton ni son. Siento vértigo ante lo que se avecina y a duras penas puedo creer lo que está sucediendo, no tengo ni idea de lo que me deparará el futuro ni a dónde me llevará el salto que estoy dando, pero en realidad no tengo miedo... más bien siento una alegría y una paz profunda, como si al fin me encontrara en casa...

Y eso que la verdad es que lo más probable es que todo se complique bastante y aún no sé cómo voy a hacer frente a lo más inmediato, que será comunicar a mi familia mi decisión de seguir a Jesús. Porque eso es lo que ha sucedido: él me ha invitado a seguirle y le he dicho que sí. Cómo le iba a decir que no. Cómo iba a cerrarme a ese caudal de vida, de amor, de futuro, de promesa, de bondad, de alegría en el que me siento inmersa cuando estoy con él. ¿Quién va a ser tan tonta como para rechazar un tesoro, una invitación a un banquete? ¿Quién va a ser tan estúpida como para rechazar el amor? No seré yo... Por muchas complicaciones que me traiga, por muy difícil que resulte. No voy a descubrirme cuando sea vieja lamentándome de no haberme atrevido a saltar, por no haber tenido fe, por no haber tenido valor. Pase lo que pase. Jesús ha sido claro en eso; no me ha ahorrado advertencias. Sabe que las cosas se pueden poner muy feas. Pero precisamente por eso no voy a irme. No voy a dejarle, quiero estar con él... pase lo que pase.

Ha sido ahora, hace apenas unas horas. Decidí aprovechar la ausencia de mi padre y mis hermanos para ir con Jesús, con el permiso de mi madre. Hace ya más de un mes que confié en mamá y le hablé de Jesús; ella aún no le conoce, pero algo ha visto en mí que hace que me apoye. Sabía que era posible que se fueran lejos y necesitara pasar la noche fuera, así que llevé unas cuantas cosas, entre ellas el diario. Encontré a Jesús en casa de Pedro con algunos de los discípulos, estaban almorzando y me invitaron a unirme a ellos. Habían salido a pescar de madrugada

y había habido una buena pesca, habían pensado cruzar el lago hasta Decápolis o caminar hacia al sur, hacia Tiberíades o tal vez más allá. Jesús quiere hacer un viaje un poco más largo para anunciar el Reino de Dios y animar a la gente que quiere unirse a este movimiento de cambio. Acordaron partir pasado mañana; Pedro y los demás querían aprovechar estos días de buena pesca y preparar alguna cosa para el viaje, aunque Jesús insiste que no carguemos muchas cosas. Pero él también quería hablar con algunas otras personas para proponerles unirse al grupo.

Así que nos dirigimos al Jordán, donde se solía juntar alguna gente para escuchar a Jesús. Yo estaba muerta de envidia y con deseos de unirme al grupo en el viaje, pero ni se me ocurría plantearlo; no creía ni siquiera que Jesús me permitiera acompañarle. Ningún maestro admite mujeres en su grupo; es cierto que Jesús es diferente, pero no me entraba en la cabeza que me admitiera a mí con él.

Así que decidí aprovechar lo más posible antes del viaje y me "pegué" a él. Algunos niños debían pensar lo mismo que yo, porque se colgaron de su túnica y empezaron a jugar con él, y Jesús encantado, riéndose y hablando con ellos. Algunos eran los hijos de Andrés, y éste, impaciente, les dijo que se quitaran de en medio, que no molestaran a Jesús.

- ¿Qué dices, Andrés? - exclamó Jesús - ¡Deja a los niños conmigo!

- Pero, Jesús, ellos no entienden nada, no hacen más que molestar...

- ¿A qué llamas tú molestar? - contestó Jesús - Ellos están conmigo, y no creas que no entienden nada. Tienen una comunicación mucho más directa con Dios que los adultos, que nos creemos tan importantes. Fíjate lo que te digo: yo creo que todos tenemos que hacernos niños de nuevo para poder entrar en el Reino. Si no, nuestra altura y nuestra seriedad va a hacer que no quepamos por la puerta, ¡o que ni siquiera la veamos!

Yo me reí, encantada: siempre me han gustado los niños, pero, además, es que Jesús siempre parece ver y tener en cuenta a los que nadie más considera valiosos. Sin darme cuenta, exclamé:

- Jesús, ¡cómo te voy a echar de menos!...

Me miró sonriendo, un puntito burlón, pero tierno:

- No me eches de menos. ¡Ven conmigo! Tú tienes mucho que aportar en este grupo...

El corazón me dio un vuelco:

- Anda, Jesús, no me tomes el pelo...

- ¡Vaya! Hoy parece que nadie me toma en serio - se detuvo, me hizo parar y me miró, ahora serio - Te lo estoy diciendo de verdad. Ven, sígueme. ¿Quieres?

Durante un tiempo que se me hizo eterno no pude pronunciar una palabra. Se me llenaron los ojos de lágrimas y algo me subía y me bajaba por dentro.

- ¿De veras me quieres contigo?

- Si no fuera así, no te estaría invitando. ¿Tú quieres?

¿Quería? Todo me daba vueltas. Estar siempre con Jesús, aprender de él, compartir con él, vivir el Reino... con él todo es nuevo, distinto, más vivo... La oposición de mi padre y las complicaciones que sin duda surgirían pasaron por mi cabeza, pero se deslizaron a un segundo o tercer plano: ni siquiera aquello tenía importancia. Jesús me estaba invitando a seguirle y, sí, me daba cuenta de era lo que yo realmente deseaba. Trajera los problemas que trajera.

- Sss... ¡sí! Claro que quiero, Jesús, ¿cómo no voy a querer? Es lo que más deseo en el mundo. Pero tú sabes que si voy contigo te puedo traer problemas, mi padre se enfadará conmigo, pero también contigo...

- ¿Seríamos dignos del Reino de Dios si apenas comenzamos a trabajar por él damos marcha atrás al primer obstáculo? No hay forma de hacer un surco recto si miramos hacia atrás en cuanto empuñamos el arado. No te preocupes por eso. Pero sí, debes saber tú también que las cosas no serán fáciles. Ahora mismo todo parece muy bonito, pero el problema que podemos tener con tu padre no es nada en comparación con todos los que vamos a tener, que voy a tener, si esto sigue adelante. No te puedo ofrecer ninguna seguridad, sabes que no tengo dónde caerme muerto. Y no descartes que eso pase: los poderosos no me miran con buenos ojos, y tampoco mirarán bien a nadie que esté conmigo.

- Mi padre piensa que eres un loco y que nos llevarás a todos a la ruina. Pero yo le digo que tú eres más inteligente que ellos y vas a triunfar...

- El Reino va a triunfar, porque lleva la garantía de Dios. Pero no descartes lo que dice tu padre: es muy posible que el conflicto sea muy duro. Si me sigues tienes que saber que no sólo estás arriesgando tu comodidad, sino que el Reino puede llevarte a arriesgar, y a entregar, tu vida. Las cosas no se consiguen sin dolor... para que el trigo nazca el grano tiene que morir antes... ¿Sigues dispuesta a venir conmigo?

Le miré sonriendo entre lágrimas de emoción y de alegría:

- Claro, Jesús. A donde haga falta. Cualquier cosas que pase contigo merece más la pena que el mundo entero sin ti.

Nos abrazamos riendo y Jesús avisó a los demás, que se habían adelantado un poco:

- ¡Eh! ¡Tenemos una nueva viajera! Judit viene con nosotros.

Lo cierto es que vi todo tipo de caras; Juan se alegró sinceramente y fue corriendo a encontrarnos, pero algún otro se sorprendió más que alegró y noté el gesto de preocupación, aunque nadie se opuso. Al fin y al cabo llevaba mucho tiempo en relación con ellos y Jesús ya les había acostumbrado a incluir gente extraña y mujeres en el grupo. Pero era distinto aceptar a prostitutas que a una mujer soltera: podían criticar a Jesús por ir con prostitutas, pero ellas no importaban a nadie, yo, en cambio, era una joven de buena familia, prometida incluso, y mi vinculación al grupo podía indisponer a Jesús aún más con gente importante.

Pasamos el día en el Jordán, Jesús hablando con la gente; vi que buscaba a algunas personas en particular para unirse al grupo, y nosotros íbamos hablando y preparando el viaje. Se sumaron algunas otras mujeres: Sara, María de Magdala, la madre de los Zebedeos y Susana; ellas están casadas, pero gozan de bastante libertad, ¡buenas son ellas para dejarse mandar! Vi que Jesús tampoco proponía a todas las personas acompañarle en el viaje: a algunas les animaba a seguir con lo que estaban haciendo y volver a encontrarse cuando volviera.

Al final fuimos quedando sólo el grupito de los más cercanos, y ya íbamos de retirada cuando se acercó corriendo un joven de una de las familias más ricas de Galilea con el que yo he jugado desde que era una niña. Él no me vio entonces. Se acercó a Jesús y habló con él un rato, nosotros les dejamos solos. Cuando llegábamos a la ciudad vi cómo se despedía con gesto triste y emprendía lentamente el camino de vuelta. Me acerqué corriendo a saludarle:

- ¡Judit! no te había visto. ¿Estás con Jesús?

Era la primera vez que podía decir "sí" con propiedad y orgullo; lo dije, aunque tengo que reconocer que tuve una sombra de temor, porque eso tardará dos horas en llegar a los oídos de mi padre.

- ¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

- Pues no sé... fue un error... no sé... Me gusta Jesús, me gusta mucho, me impresiona su palabra, yo creía que era lo que andaba buscando...

- ¿Y te ha defraudado? ¿No te ha querido con él?

- No, no es eso... la verdad es que la conversación ha sido muy buena, pero al final me ha dicho que, si quiero más, tendría que atreverme a dejarlo todo e irme con él... es una locura, no puedo hacer eso... Mi padre me desheredaría... no puedo hacer eso... tiene que haber otra manera... le dije que lo tenía que pensar...

Parecía a punto de llorar. Yo le pasé un brazo por el hombro.

- David... deberías de seguir a tu corazón.

- ¿Y quedarme sin nada? ¿Cuánto va a durar esto? Tú sabes, la gente me quiere por lo que tengo, porque soy pródigo y siempre invito. Si me quedo sin nada, ¿quién me va a querer? ¿Qué va a ser de mí si esta aventura de Jesús no sale bien? Y no puede salir bien. Jesús es un soñador: no van a tolerar que se siga revolucionando a la gente. Ándate con cuidado, Judit, te estás equivocando y terminarás mal, un paso en falso en una mujer no tiene vuelta atrás, sentiría mucho verte en el arroyo, mendigando o algo peor...

Ya había tomado su decisión. Deseé de corazón que no perdiera toda su vida intentando asegurarla, pero, por el momento, sólo iba a conseguir que proyectara en mí sus miedos y me amenazara por atreverme a hacer lo que él no se atrevía. Me despedí y volví corriendo al grupo. Me acerqué a Jesús.

- He hablado con David. ¿Tú crees que volverá? ¿Le admitirías de nuevo?

Jesús movió la cabeza con tristeza:

- Claro que le admitiría. Pero no creo que vuelva. Para los que tienen tanto, es muy difícil entrar en el Reino de Dios. Las riquezas y las seguridades se les pegan al alma y se lo impiden...

Me miró y se le iluminó la cara:

- Pero, ¿quién sabe? No hay nada imposible para Dios..

La puesta de sol enrojecía el horizonte y producía una sinfonía de color. Como si Dios quisiera precisamente recordarnos su presencia y hacernos sentir protegidos en sus manos...